

Ahora que Zapatero está concentrado en dar lo mejor de sí mismo para pasar a la Historia como el mejor expresidente que ha tenido nunca este país y enmendar, así, su papel como primer mandatario de un Gobierno incapaz de gestionar la crisis, el libro de su compañero de filas, Jesús Eguiguren, no le está haciendo ningún favor. La revelación, por entregas, de la historia de la negociación con ETA, si no fuera porque, actualmente, los ciudadanos tienen otras preocupaciones y, además, ya han optado en las urnas por otro Gobierno, podría haber sido demoledora para la imagen del presidente saliente.

Porque el reconocimiento de unas negociaciones con la banda terrorista tantas veces negada por el propio Zapatero y por la vicepresidenta Fernández de la Vega, que tanto se indignaba cuando se ponía en duda la palabra del Ejecutivo en cuestión tan delicada, ha dejado a unos cuantos responsables socialistas a los pies de los caballos. A todos los que aseguraban, con la mayor vehemencia de la que eran capaces, que se había

interrumpido cualquier contacto con ETA después del atentado de la T-4. El libro de Jesús Eguiguren, cuyo título es, cuando menos, pretencioso al atribuirse en exclusiva las «claves de la paz» persigue la finalidad indisimulada de hacer valer la teoría de la negociación como explicación de la causa fundamental del derrumbe de ETA.

Pero cualquiera que haya seguido este calvario no podrá dejar en el baúl del olvido todas las piezas que han engrasado este engranaje. Y que empujaron a la banda hasta el límite en donde se encontraban cuando pidieron la negociación con el Gobierno de Zapatero. La persecución policial y judicial, en la que el juez Grande

Marlaska, entre otros, desempeñó un papel decisivo, junto a la ilegalización de Batasuna, son las otras 'claves' que han ido relocalizando a todo el entramado de la izquierda abertzale justamente en la presión sobre la banda hasta conseguir su declaración del fin de la violencia.

Quienes sostienen que ETA se ha terminado sin que el Gobierno haya ofrecido el acercamiento de presos, por ejemplo, deberían recordar que la banda no se ha disuelto todavía y que sus herederos políticos están, precisamente, centrados en reclamar este tipo de exigencias. Por lo tanto, Eguiguren se está precipitando en su afán de cerrar la historia del fin de ETA y escribir sus personales

TONIA ETXARRI

FUEGO AMIGO PARA ZAPATERO



memorias antes de que los protagonistas y el conjunto de la sociedad empiecen a metabolizar la macabra historia de estas décadas. Algunos pretenden cerrar el relato de las víctimas antes que los verdugos. Abrir las cárceles antes que reconocer el sufrimiento de los que desfilaron en los funerales. Recibir a los presos antes del responso por los aniversarios. Lanzar al aire las ikurriñas de la liberación de los verdugos antes que recibir a los perdidos por la meseta de la amenaza.

Se abre ahora un pulso entre quienes reclaman la compensación de la vuelta de los amenazados y la ansiedad de los violentos para cerrar el ignominioso capítulo de la limpieza ideológica. Después de que Rajoy intente poner algo de orden en la solución a la crisis, este país se enfrentará a un largo duelo para que prevalezca la verdad sin humillación. Y hará falta mucha humildad en quienes han utilizado tantos años la soberbia ideológica de la razón identitaria para que las heridas vayan cicatrizando poco a poco. Las prisas solo traerán frustración. Siempre ha sido así.